

que en Francia, porque la impiedad licenciosa de la revolución no ha penetrado en las grandes masas populares. Para persuadirse de ello, basta con echar una mirada á la estadística comparada de los nacimientos en ambas clases. El francés, además, tiene mayor fantasía, el italiano más corazón; ardientes uno y otro, aquél se deja vencer más fácilmente por el fanatismo y éste se calma y se rinde al buen sentido. ¡La mujer italiana es de oro! Así como está dispuesta siempre á todo género de sacrificios y de actos heroicos por la familia, de igual modo, para defenderla del divorcio, será capaz de imponerse una disciplina férrea.

—De manera, profesor, que no haremos un agujero en el agua.

—Hará usted una mina en la roca enemiga.

—¿Qué la hará volar?

—Con el divorcio y el Gobierno.

—Así sea, concluyó la Condesa, y despidiéndose del profesor, partió pensativa.



XIX

Una nueva conjura.

CONOCIENDO por su fiel fotógrafo Romanucci el mal resultado de la primera maquinación urdida contra la telegrafista, la comadrona se guardó bien de descubrir el anónimo, bajo el cual había encubierto la denuncia, como hubiese hecho con un par de testigos falsos en el caso de que hubiera obtenido éxito. En cambio pensó en seguida en urdir otra más decisiva.

—Debemos saldar las cuentas con esa maldita—decía un día á su íntima confidenta la directora del asilo— de otro modo me siento morir de rabia, de hiel y de veneno.

—Y nuestros asuntos no marchan bien.

—Antes amenazan ruina. ¿No ves el ruido que hace la *Alianza* en el divorcio? Apenas se extendió el rumor de que la ley se ha presentado al Parlamento, la agitación se ha propagado á todas partes, en forma de reuniones y de demostraciones de protesta. ¡Malditas histéricas! Mañana cuando hayan acabado de desahogarse contra el divorcio, pondrán en pie de guerra á la ciudad para pedir la protección de las jóvenes... ¿Y entonces?

—La conjura ya está urdida entre nosotras. Esa Condesa tiene el diablo en el cuerpo.

—Pues cuando nació su diablo el mío iba ya á la escuela. Voy á herirla en su brazo derecho, voy á poner fuera de combate á esa telegrafista que se ha puesto en mi camino. Me ha jugado una mala pasada; pues le pagaré en la moneda que se merece. Pronto se verá quién tiene las manos más largas y sabe herir con peor intención.

Y dicho esto se vistió lujosamente, como acostumbraba á hacerlo en las grandes ocasiones, tomó un carruaje y se hizo conducir á la *Dirección general de la Liga feminista italiana*, donde la señora Schwitzer había colocado sus oficinas, y donde desplegaba su incansable actividad por la causa de la emancipación y de la rehabilitación de la mujer, á la cual dedicara el ingenio, la fuerza, la vida, en suma.

Todas las personas que constituían la *Liga*, desde la presidenta á la portera eran mujeres, aunque vestían un traje bastante masculino, con lo cual se demostraba prácticamente, en opinión de la Schwitzer, la paridad de derecho entre ambos sexos. Y la experiencia de los hechos le había dado la razón, porque el nuevo traje, acogido al principio con general hilaridad, como todas las reformas é invocaciones del genio, había ya entrado en las filas femeninas.

Cuando la portera, con librea galoneada, anunció á la presidenta la visita de la comadrona, no pudo ocultar ésta un gesto de impaciencia murmurando en alemán entre dientes:

¡Verfluchte Ibexe! (maldita vieja).

Y alzando la voz añadió:

—Dile que vuelva otra vez, porque hoy tengo muchas ocupaciones.

Pero cuando la portera se disponía á salir, la otra, cambiando de parecer, le gritó:

—No, que entre... Le despacharé pronto.

Verdaderamente, en aquellos días la señora Schwitzer no tenía tiempo que perder.

La *Liga feminista nacional* ideada y fundada por ella, estaba en el período de su desarrollo. Era necesario, por lo tanto, desplegar la mayor energía y la actividad más infatigable para sostenerla, propagarla, y evitar que cayese en el marasmo donde suelen concluir las empresas más atrevidas y grandiosas. De modo que las dificultades de todo género que hubiese que vencer en su arduo empeño, tenían á la fundadora de la Asociación en un estado de excitación nerviosa que producía en ella continuos accesos de furor y de irritación.

En aquellos días, además, la agitación por el divorcio había llegado al colmo, porque en la próxima apertura del Parlamento, se debía comenzar la discusión. La corriente contraria á la nueva ley era cada vez más impetuosa y amenazaba barrer todos los obstáculos, formando un extraño contraste con la obstinación del Gobierno y de la mayoría en sostener el proyecto.

Debía, por lo mismo, la *Liga feminista*, que desde el principio se declarara solemnemente en favor del divorcio, combatir con tanta mayor violencia, cuanto mayor era la actividad desplegada por la *Alianza*, pues si ésta salía victoriosa en aquella lucha, la *Liga* sería su primera víctima.

Pero lo que mayor preocupación producía á nuestra alemana era la cuestión de recursos.

Única heredera de un magnífico patrimonio, había vendido todas sus propiedades, colocando el dinero en varios Bancos. Siguiendo los impulsos de su carácter liberal había gastado ya grandes sumas en el sostenimiento de la *Liga*, sumas que iban en aumento con la agitación sobre el divorcio.

Guiada, sin embargo, por su instinto de los asuntos económicos, instinto que heredara de su padre, quiso conocer el verdadero estado de su administración; pidió cuentas á sus agen-

tes, examinó los balances de la *Liga*, confrontó las salidas con las entradas y quedó aterrada.

El capital estaba ya en peligro, los rendimientos disminuían y se marchaba á la ruina. Evidentemente el entusiasmo por su ideal la había llevado hartó lejos.

Y entretanto la campaña en pro del divorcio exigía ahora mayores esfuerzos, y por consiguiente, mayores dispendios de su capital.

Entre tales angustias debatiase precisamente la señora Schwitzer, cuando vino á visitarla la comadrona.

Diestra y pronta esta última para desempeñar cualquier papel de comedia, se presentó á la presidenta con aire desenvuelto; la hizo un saludo acompasado y la miró fijamente como si quisiera leer hasta el fondo de su pensamiento. Adornó sus labios con una sonrisa amable, como si quisiera decirle: «Sé todos los apuros por que está pasando.»

La señora Schwitzer, un poco molestada por este examen, dijo secamente á la comadrona:

—Dígame lo que desee, porque tengo los minutos contados.

Sin desconcertarse por esta acogida, la astuta comadrona replicó sonriéndose con malicia:

—¿Se acuerda usted, señora, de aquella condenada que en el primer congreso feminista, hizo una proposición en favor del amor libre y de la maternidad libre? Pues bien, aquella condonada soy yo. Luego, exorcíseme usted en nombre de la Santa Madre Iglesia, y mándeme al infierno.

A este recuerdo se sonrió también la presidenta diciendo:

—Recuerdo, lo recuerdo perfectamente. Pero no he cometido el error de querer alcanzar al presente lo que pertenece á un estadio de evolución que todavía no ha llegado, aun cuando vendrá seguramente cuando ni usted ni yo estemos en el mundo.

—Sin embargo, la evolución se puede apresurar, y precisamente para darle un impulso he venido hoy á molestarla.

—Ciertamente, cuando me propuse dedicar mi actividad y vida á la emancipación de la mujer, no esperaba encontrar una oposición tan obstinada...

—Permítame usted, señora, que le haga una observación. Su manera de hacer la guerra me parece demasiado caballeresca. Usted combate los principios en vez de herir á las personas que propagan el error y mantienen á la mujer italiana en la superstición. Tal método podrá ser bueno en Alemania; pero no lo es en Italia, ni en Francia tampoco. Aquí el Gobierno liberal ha herido, desde el principio, á todos los enemigos de la libertad, que comían pan de la nación, y la victoria liberal se aseguró para siempre.

—Me parece extraño su modo de hablar... Y además los que comen del Estado son los hombres; nosotras, en cambio, somos mujeres contra mujeres.

—¿Y la *Alianza femenina* no está toda compuesta de mujeres?

—Indudablemente.

—¿Y no es ella el enemigo más encarnizado de la *Liga*?

—Pero, ¿depende acaso del Gobierno?

—La *Alianza* no, pero las personas sí.

—¿Qué personas? Cíteme usted una.

—Ida Piumetti.

—¿Pertenece á la *Alianza* de la condesa Storni?

—Sí, como *veloz*.

—No lo sabía... Pero una golondrina no hace verano.

—Pero después de una golondrina vienen las otras. Herida la Piumetti, resulta herida la *Alianza* en el corazón, pues es el brazo derecho de la Condesa... Si supiese usted, señora, el daño que ha hecho á la causa del feminismo... Es su enemigo más encarnizado... Mientras la Piumetti esté en esa Sociedad... Sé lo que me digo... Nosotras las comadronas conocemos todo lo que pasa en la ciudad.

—Verdaderamente también á mí me agradaría hacer entrar en razón á esa marisabidilla.... Pero la cosa no es tan fácil.

—Más fácil de lo que usted cree.

—¿De veras? Lo dudo.

—He leído en las esquinas el anuncio de una gran reunión *pro divortio*, organizada por la *Liga* para el próximo domingo.

—Sí, todo está ya dispuesto. No faltan más que las últimas oradoras. No digo oradores, porque todas serán mujeres.

—Mejor que mejor... Pues viniendo al objeto, si usted quiere asegurar á la reunión un éxito verdaderamente grandioso y al propio tiempo herir á la *Piumetti* y á la *Alianza*, encargue á alguna de las oradoras que propongan un acto de protesta al Gobierno contra los empleados públicos que se mezclan en la agitación, para crear obstáculos á la acción del Gobierno mismo y del Parlamento. La protesta será aprobada con entusiasmo; yo me encargo de ello. Luego usted se encargará de entregarla al señor Brandini para que la presente al Gobierno y surta sus efectos en el acto, con una interpelación en la Cámara... Ahora nos entendemos, ¿verdad?

—Entiendo... Su proyecto es excelente, y esté segura de que se pondrá en práctica... Conque, un millón de gracias y hasta la vista.

Se levantaron ambas y se estrecharon cordialmente la mano, como si hubiesen sido antiguas amigas.

Al acompañar á la comadrona hasta la puerta, la presidenta le dijo:

—Le reitero las gracias y le ruego que vuelva á verme cuando tenga usted algo útil que decirme.

—Vendré, vendré con sumo gusto. Todas tenemos el deber de trabajar un poco por el bien de la humanidad, y especialmente por la emancipación de la mujer.

—¡Este es mi único ideal!—dijo gravemente la Schwitzer

—¡Y el mío también!—añadió la comadrona con aire de concupción.

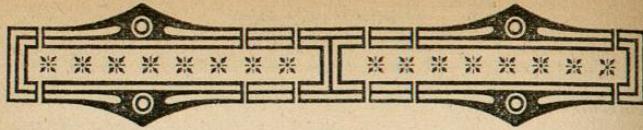
Al bajar la escalera, la comadrona murmuraba entre dientes:

—¡Pobre mentecata! Tú verás á dónde te lleva el feminismo alemán. Entretanto harás lo que á mí me acomode, y luego que el diablo te lleve.

Mientras aguardaba el tranvía advirtió que había puesta el pie sobre la raya de las aceras... Horrorizada se retiró, diciendo en voz baja:

—¡Mala señal!

Y no quiso subir al primer carruaje que pasaba en este momento. Esperó otro.



XX

Una jornada triunfal.

COMO había previsto y prometido la comadrona, la reunión *pro divortio* tuvo un éxito grande, solemne y fué un nuevo triunfo del feminismo italiano.

Con mucha habilidad se había escogido el tiempo y el lugar más oportuno; es decir, las doce del domingo y la gran plaza de una barriada á poca distancia de la ciudad, cuyos moradores eran, en su mayor parte, socialistas revolucionarios y donde los campesinos solían concurrir los días festivos para beber alguna copa de vino. El lema del divorcio que entonces atraía la atención de todos; el atractivo de una gran manifestación feminista, la novedad de una reunión en que no hablarían más que las mujeres; la entonación belicosa de los anuncios colocados profusamente en la ciudad; la hermosa y espléndida mañana otoñal; todo concurría á favorecer la presencia del público que ascendía á cerca de 10.000 personas.

No teman los lectores que vayamos á dar una amplia reseña de la reunión, como hemos hecho al principio de nuestra historia.

Sólo diremos que la protesta entre los empleados del Estado, enemigos de la política del Gobierno, fué formulada por una persona no desconocida de los lectores, por Olga Fioroni, secretaria general de la *Liga feminista*. En su discurso, de tono arrebatado y vibrante, la oradora dijo, en substancia, que habiendo la Iglesia tratado durante veinte siglos de destruir la libertad con las cárceles, con los anatemas, con la tortura, ahora el Estado laico, representante del pueblo emancipado y soberano, no debía permitir que sus subordinados, oponiéndose á las reformas legislativas liberales, trabajasen en restablecer la teocracia y la tiranía jerárquica. Cualquiera, por lo tanto, que tomase parte en la agitación contra el divorcio, no podía servir al Estado.

La oradora añadió una censura personalísima contra la telegrafista Ida Piemetti, que en la *Alianza femenina* conspiraba en daño de la libertad, y propuso una resolución en la cual se pedía que fuese borrada de la lista de los empleados públicos, terminando entre aplausos y aclamaciones con estas palabras: «libertad para todos, menos para los enemigos de la libertad.»

La Schwitzer estaba radiante de júbilo por el espléndido éxito de la reunión.

Mucho tiempo había vacilado antes de decidirse á celebrarla, temiendo que los adversarios de la *Liga* y del divorcio promovieran graves desórdenes. Pero el señor Brandini había calmado sus recelos, aconsejándole que sólo interviniesen mujeres en la reunión y prometiéndole el auxilio de un par de centenares de socialistas para evitar perturbaciones. Además, la visita de la comadrona le había tranquilizado, resucitando el antiguo rencor contra Ida.

Cierto es que las afiliadas más ardientes y belicosas de la *Alianza* habían querido intervenir en la discusión para defender la buena causa; pero la Condesa les disuadió de hacerlo, dando á todas la misma respuesta:

—Si se tratase de una discusión seria y tranquila, yo sería la primera en autorizar este debate; pero en una reunión al aire libre, y en país afecto al socialismo, en modo alguno. No, nadie que se estime puede asistir á ella.

Así la reunión, por la ausencia de las oposiciones, se desarrolló triunfalmente desde el principio hasta el fin, entre los aplausos interminables de aquella inmensa multitud, compuesta en gran parte de amigos del diputado socialista y de la astuta comadrona.

Y, no obstante, ciertas lenguas malignas no dejaron de afirmar que el éxito había sido sólo de hilaridad, por las palabras picanterías que brotaban de aquella turba durante la discusión, palabras que eran provocadas por la extravagancia del vestido y por la actitud trágico-cómica de la señora Schwitzer y de las otras oradoras.

Pero, á pesar del gran triunfo de aquella jornada memorable, más debía de atribuirse á la garrulería del pueblo italiano, que por defecto atávico no estaba acostumbrado á tratar las cosas serias. Sin embargo, la Schwitzer estaba radiante de júbilo, y, como se dice vulgarmente, no le cabía la piel en el pellejo.

Iluminada ésta por un relámpago repentino de genio, quiso coronar la victoria con otro pequeño triunfo, improvisado allí mismo, para entrar en la ciudad.

Confió su proyecto á su fiel secretaria Olga Fioroni, la cual acogió la idea con entusiasmo, y antes de que la reunión se disolviese, desde el palco de la presidencia invitó públicamente á las compañeras que habían venido de la ciudad en bicicleta, á regresar juntas y á no quitarse el distintivo de la *Liga* (una cinta roja y amarilla).

La proposición fué acogida con gran estrépito de aplausos por aquella inmensa multitud, á quien nada podía resultar más divertido que este complemento de la fiesta. Los chiquillos y las aldeanas se agrupaban para presenciar aquel desfile, y la poli-

cia tuvo que realizar esfuerzos sobrehumanos para detener el río desbordado de la muchedumbre y abrir paso sobre el camino que conducía á la ciudad.

Cuando apareció la señora Schwitzer sola en primera fila, alta y majestuosa, á la cabeza del pelotón, con la siniestra mano apoyada en el manubrio de la bicicleta y agitando en la diestra su gorra *sportiva* para saludar á la multitud, seguida por unas treinta ciclistas formadas de dos en dos, todas vestidas con trajes más ó menos masculinos, se alzó por todas partes tal rumor de gritos, de aplausos, de aclamaciones y de carcajadas, que semejaba un verdadero huracán.

Al ver pasar á aquella nueva especie de mascarada, todo el mundo se detenía en la calle, desternillándose de risa. Las gentes salían á los balcones, y por fin se oyeron estrepitosos silbidos, y algunos tronchos de berza volaron por los aires, sin grave detrimento de la capitana, por fortuna.

Mientras aquella extraña comitiva de Amazonas pasaba cerca del palacio de la condesa Storni, hizo la casualidad que ésta, acompañada de Ida, montase entonces en el coche para ir á visitar á una enferma. Notó su presencia la señora Schwitzer, y, sin vacilar, hizo maniobrar su bicicleta por delante del coche, imitando su ejemplo todo el pelotón, el cual prorrumpió en una carcajada irónica, mientras la Fioroni, cuando estuvo al frente del coche, dijo mirando á Ida:

Avere il collo torto é gli occhi vassi.

(Tener el cuello torcido y los ojos bajos).

El cochero levantó el látigo, pero la Condesa le detuvo el brazo ordenándole que siguiera. Ida se limitó á sonreír tranquilamente, siguiendo con ojos de compasión la ridícula mascarada hasta que la perdió de vista. La Condesa añadió alegremente:

—Ni de propósito podrían resultar más ridículas. Verdade-

ramente si no cuentan con otros medios para combatirnos van á quedar lucidas.

Pero el jolgorio de aquella jornada triunfal no había aún concluído; la comadrona quiso ponerle fin de manera más grandiosa.

Apasionada como era por la causa del feminismo, había, naturalmente, asistido á la reunión, y cuando vió que la Schwitzer formaba un pelotón de ciclistas para entrar solemnemente en la ciudad, pensó en formar otro cortejo de peatones mucho más numeroso ciertamente. Llevando en su compañía á sus más fieles amigas, logró constituir con el concurso de la multitud una numerosa manifestación en pro del divorcio.

Cuando la mascarada de las ciclistas había ya concluído su carrera y la ciudad recobraba su aspecto ordinario, se vió avanzar á paso de marcha, por la Puerta Mayor un espeso y ancho cordón de hombres y mujeres cantando el himno de los trabajadores y gritando á voz en cuello: «¡Viva el divorcio! ¡Abajo las mogigatas! ¡Queremos la ley sobre el divorcio!»

Delante del palacio de la condesa Storní el cortejo se detuvo silbando estrepitosamente; lo propio hizo delante de la dirección de Telégrafos, donde entre otros gritos se lanzó este repetidas veces: «¡Muera la Piumetti! ¡Abajo la mogigata!» con acompañamiento de carcajadas y aplausos irónicos.

La policía, conforme á las instrucciones recibidas, dejó manifestarse libremente el entusiasmo popular.

Por fortuna, durante el tumulto, ni la Condesa estaba en su palacio, ni Ida en la oficina. Sin embargo, el eco de la última silba de aquel día llegó hasta ellas, por lo cual la Condesa condujo á la joven hasta su casa en su coche.

Pero á la mañana siguiente por los periódicos se supo todo.

Por añadidura Ida fué llamada por el Director, el cual, aunque reprobando la algazara de la noche precedente, la hizo entender que podría tener graves consecuencias para ella, por aliarse á empresas y asociaciones contrarias á los proyectos del Go-

bierno; pero que de todos modos él no se mezclaba en tales asuntos, limitándose á referir al Ministro lo sucedido, como era su deber.

Ida se retiró respetuosamente, y volvió á su despacho, y á poco se retiró á su casa con el corazón transido de dolor, porque presumía que aquello sólo era el preludio de males mayores.

¡Esta vez tampoco su presentimiento debía engañarla!

Su madre, que había sabido todo lo sucedido, la miraba en silencio, suspiraba y gemía, haciendo todo género de esfuerzos para ocultarle su dolor, su angustia y sus lágrimas. Y lágrimas y angustias le iban quitando la vida.

¡Desgraciada madre! Ella debía ser la primera víctima de la conjura urdida contra la hija.